

Todo se desvanece

Seudónimo: Amor vincit omnia

“El ser humano está huérfano y abandonado”

Luis Mateo Díez

Anselmo murió sentado. Lo encontraron una tarde, la mejilla derecha apoyada en la mesa camilla, el cráneo junto a un vaso de tinto, junto a una fuente de loza con botillo, patatas y berza, la papada arropada por el tapete de ganchillo, los brazos descolgados hacia las baldosas de barro, la espalda alejada del respaldo de la silla, rígida, encorvada como el perfil de un cerro arrojado a la intemperie de la llanura. Y sus ojos. Sus ojos abiertos, las pupilas de un negro mortecino, prendidas de las cortinillas que se fruncián a las puertas de la alacena, junto al espejo de pared que tantas veces ayudó a su esposa a componerse el cabello.

Sus vecinos de toda la vida, Avelino y Margarita, dieron el aviso. Hacía dos tardes que no le veían, después de la siesta siempre se sentaba en el poyo de piedra, bajo la parra, la boina fundida con su cejas, la mirada entrecerrada, endurecida sobre esas nubes altas que salpicaban el cielo de estrías blancas, un cigarro de picadura ensartado entre sus dedos amarillos, un cigarro diminuto elaborado por él mismo y que se consumía en apenas tres caladas de las suyas, caladas profundas, de esas que hunden los maseteros por entre las muelas dejando un cráter en las mejillas. Y como Anselmo era un hombre de costumbres arraigadas, canónicas, enseguida supieron que algo iba mal.

Don Rafael, el médico del centro de salud, tardó más de una hora en llegar, sí, el coche le derrapaba en las umbrías, aquellos condenados hielos

de finales de noviembre. La cocina de Anselmo era, para entonces, un bullicio de chiquillos ociosos, un revoloteo de sayas negras, un monótono murmullo de rezos, un reglado balanceo de rosarios, un sumidero de brasas lánguidas de roble en la chimenea, una humareda de tabaco negro exhalada por las bocas apretadas de unos labriegos acostumbrados a bregar con la muerte y sus afanes. El cura repartió generosas aspersiones de agua bendita alrededor del finado y, para conferir cierta solemnidad por entre aquel tumulto, asentó, sobre el mantel de ganchillo de la mesa camilla, un candelero con tres cirios amarillos, quizá sobrantes de los oficios de tinieblas de la última Semana Santa.

Cuando don Rafael certificó la muerte y el cadáver superó el agarrotamiento muscular, se inició la liturgia del velatorio, el cuerpo del anciano introducido en el ataúd lacado en madera de álamo y vestido con su mejor traje, quizá el mismo traje con el que se casó haría ya más de cinco décadas, la chaqueta con las solapas trepanadas por los merodeos de la polilla, la cremallera del pantalón abierta, incapaz de abarcar el contorno grasiento de su abdomen, los zapatos de cuero de novillo utrero, unos dedos piadosos cerrando los párpados de Anselmo para ocultar sus pupilas negras, mortecinas a las miradas indiscretas.

En la puerta de la casa, bajo la parra, sentado en el poyo de piedra, el Andosco miraba al suelo mientras hacía rodar por entre los labios el filtro de su cigarro. Miraba al suelo y maldecía, en silencio, las manos apretadas sobre el asidero de su cayado, a ver cuándo enterraban al Anselmo de una maldita vez y se acababa todo aquel menudeo de tristezas impostadas. Nunca se habían llevado bien, litigios por lindes de labranzas y derechos de regadío, desavenencias por el aprovechamiento de los pastos comunales y, sobre todo, un resquemor indeleble por aquella moza que el Anselmo le birló cuando eran quintos, una madrugada, sí, la víspera de su marcha a Melilla para cumplir con los dieciocho meses de servicio militar. El

Andosco saludaba, la mirada de cuarzo ensamblada con algún sonido gutural, a todo el que entraba para cumplir con Anselmito, el hijo del finado que acababa de llegar de Bilbao, de aquella ciudad atrapada entre las montañas y las brumas del Cantábrico. Anselmito apenas recordaba ya a los que fueron sus vecinos, no veía en ellos más que unos seres en blanco, negro y sepia derrotados por la edad y sus rencores. Abandonó aquella penumbra de miserias e ingratitudes con veinte años cumplidos y sólo volvió una vez, para enterrar a su madre. Tras el sepelio se marchó sin despedirse y ya no regresó jamás, hasta ahora, el olvido era su pago para con su tierra y con su sangre. Una sangre, la de su padre, que no fue capaz de reclamarle esas briznas del cariño que jamás fue capaz de regalar a su único hijo.

.....

Evelio, el nieto de Avelino y Margarita, se acerca al ataúd. Todo parece desvanecerse a su alrededor. Tiene apenas diez años y sus manos tiemblan, levemente, al rozar la madera lacada de álamo. Y al contemplar el rostro de Anselmo, de su amigo Anselmo, la mirada del niño también tiembla, tal vez por el arrimo furtivo de unas lágrimas que enseguida recoge, como avergonzado, con la manga del abrigo. Los párpados del muerto han vuelto a abrirse, quizá por efecto del frío, mostrando a la luz de los cirios amarillos el negro mortecino de sus pupilas. La mirada de Evelio se traba entonces con los ojos apagados de Anselmo, como si el muchacho quisiera cederle, de súbito, todas las imágenes amables de la vida, la luz ocre del atardecer, los malvas del horizonte al albear el día, la grisalla hosca de los cielos de tormenta, la alegría de la cotidianidad, de los recuerdos, de sus breves años de amistad. Como si quisiera cederle su último acto de valentía, ofrecerle la seguridad de que la justicia de los hombres culminaría muy pronto su labor.

.....

El todo terreno de la Guardia Civil para frente a la puerta de Anselmo. El sargento desciende, ordena al guardia que conduce que mantenga encendido el motor, se ajusta la gorra sobre su pelo cobrizo y se dirige hacia el Andosco, que espera, sentado bajo la parra, a que acaben los trámites del velatorio mientras hace rodar por entre sus labios el filtro del cigarro. Cuando el agente le ajusta los grilletes en las muñecas, el Andosco, sin despegar la mirada del suelo, pregunta, la voz sumida, como si surgiera de la sentina de un galeón naufragado:

- ¿Cómo lo ha sabido? ¿cómo se ha enterado si estábamos solos, solos el jodido Anselmo y yo?

El sargento no responde, pero sí piensa. Piensa que el Andosco se equivoca. En la alacena, escondido tras las cortinillas que se fruncen a las puertas, alguien contempló cómo el Andosco administraba, sobre el vaso de vino de Anselmo, varias pastillas machacadas, las mismas que le prescribió don Rafael para enlentecer los latidos de su corazón; cómo Anselmo, al regresar del zaguán para continuar su discusión con el Andosco, rebañó despacio unos huesos de espinazo del botillo, saboreó las patatas y la berza empapadas del delicioso caldo rojizo y bebió un par de tragos de aquel vaso; cómo el asesino maldijo varias veces sobre el cadáver antes de escabullirse por la puerta trasera del corral.

Pronto anochecerá. Todos han salido de la casa para ver cómo el sargento del pelo cobrizo se lleva detenido a su vecino. Todos menos Evelio. El niño permanece aún junto al ataúd, en silencio. Sus manos han dejado de temblar y con la manga del abrigo recoge, quizá, una lágrima furtiva. Tal vez la última de sus lágrimas.

Porque el Anselmo murió sentado, pero no solo.